Hay gestos en la Misa que repetimos casi sin pensar… y, sin embargo, contienen una profundidad espiritual capaz de transformar por completo nuestra relación con Dios. Uno de ellos es ese pequeño pero poderoso acto que realizamos justo antes de la proclamación del Evangelio: **trazar tres pequeñas cruces en la frente, en los labios y en el pecho**.

Muchos lo hacen por costumbre. Pocos comprenden lo que realmente significa. Y aún menos lo viven.

Hoy vamos a detenernos ahí. Porque lo que ocurre en ese instante no es un simple rito: es una **consagración total a la Palabra de Dios**.

✝ Un gesto pequeño con raíces antiguas

La señal de la cruz es uno de los signos más antiguos del cristianismo. Ya en los primeros siglos, los cristianos marcaban su cuerpo con la cruz como signo de pertenencia a Cristo.

El gran Padre de la Iglesia Tertuliano lo expresaba así:

> *"En todos nuestros viajes y movimientos, al entrar y salir, al vestirnos, al bañarnos, al sentarnos a la mesa… nos marcamos la frente con la señal de la cruz".*

Sin embargo, el gesto específico de **trazar tres cruces antes del Evangelio** se fue consolidando en la liturgia medieval, como expresión de una preparación interior: no basta con oír el Evangelio… hay que **acogerlo con todo el ser**.

¿Qué significa realmente este gesto?

Cuando el sacerdote (y los fieles) se santiguan tres veces antes del Evangelio, están haciendo una oración silenciosa, profunda y exigente.

No es magia. Es un compromiso.

1. ✝ En la frente: “Que esté en mi mente”

Al trazar la cruz en la frente, pedimos a Dios:

- *Que ilumine nuestra inteligencia*
- *Que comprendamos la Palabra*
- *Que no la distorsionemos con nuestras ideas*

Porque el Evangelio no está para adaptarse a nosotros…
somos nosotros quienes debemos dejarnos transformar por él.

Aquí entra una verdad incómoda: muchos escuchan el Evangelio, pero pocos lo entienden en profundidad, porque no dejan que Dios renueve su forma de pensar.

Como dice la Escritura:

> *“No os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente” (Romanos 12,2)*

---

2. ✝ En los labios: “Que esté en mi boca”

Al marcar los labios, pedimos:

- *Proclamar la verdad*
- *Hablar según el Evangelio*
- *Evitar la mentira, la murmuración y el juicio*

Porque de nada sirve escuchar la Palabra… si nuestras palabras contradicen constantemente a Cristo.

Aquí la señal de la cruz se vuelve examen de conciencia:
¿hablo como cristiano… o como el mundo?

El mismo Señor nos advierte:

> *“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6,45)*

---

3. ✝ En el pecho: “Que esté en mi corazón”

Este es el centro de todo.

Al trazar la cruz en el pecho, pedimos:

 Amar la Palabra
 Guardar el Evangelio en lo más profundo
 Dejar que transforme nuestras decisiones

Porque el cristianismo no es una idea… es una vida.

Y la Palabra de Dios no puede quedarse en la mente o en los labios:
debe descender al corazón, donde nacen nuestras acciones.

Como dice el salmista:

> *“En mi corazón guardo tus palabras para no pecar contra ti” (Salmo 119,11)*

Una síntesis poderosa: pensar, hablar y vivir el Evangelio

Este gesto encierra una lógica espiritual impresionante:

- **Frente → Pensar como Cristo**
- **Labios → Hablar como Cristo**
- **Pecho → Amar y vivir como Cristo**

Es, en definitiva, una **consagración total del ser humano al Evangelio**.

No basta con escuchar.
No basta con saber.
No basta con repetir.

 Hay que encarnarlo.

¿Cómo se realiza correctamente en la liturgia?

Este momento ocurre justo antes de la proclamación del Evangelio en la Santa Misa.

Paso a paso:

1. El sacerdote anuncia:
   “Lectura del Santo Evangelio según…”
2. En ese momento, **todos** (sacerdote y fieles) hacen:
   - Una pequeña cruz con el pulgar en la frente
   - Una pequeña cruz en los labios
   - Una pequeña cruz en el pecho
3. Mientras lo hacen, interiormente rezan:

 “Que el Señor esté en mi mente, en mis labios y en mi corazón”

4. Luego se escucha el Evangelio… en actitud de fe, atención y reverencia.

⚠ El peligro de hacerlo sin pensar

Aquí está el gran problema actual:
la rutina ha vaciado el gesto de contenido.

Se hace rápido. Sin conciencia. Sin intención.

Pero un gesto vacío… no transforma.

La liturgia no es teatro. Es encuentro real con Dios.
Y cada signo está diseñado para tocar el alma.

Si este gesto se vive bien, cambia la forma en que escuchas el Evangelio.
Si se vive mal… pasa desapercibido.

Aplicaciones prácticas para tu vida diaria

Este gesto no debería quedarse en la Misa. Tiene consecuencias concretas.

1. Antes de leer la Biblia en casa

Haz lo mismo:

✝ Frente
✝ Labios
✝ Corazón

Y pide a Dios que su Palabra te transforme.

---

2. Antes de tomar decisiones importantes

Pregúntate:

- ¿Esto está en línea con el Evangelio? (mente)
- ¿Puedo defenderlo con verdad? (labios)
- ¿Lo hago con rectitud de intención? (corazón)

---

3. En tu vida cotidiana

Convierte este gesto en un examen diario:

- ¿Qué he pensado hoy?
- ¿Qué he dicho?
- ¿Qué he amado y hecho?

✝ Una llamada a la coherencia

El mundo actual necesita cristianos coherentes.

No perfectos… pero sí auténticos.

Este pequeño gesto es, en realidad, una declaración radical:

 Quiero que el Evangelio lo transforme todo en mí.

No es solo un rito.
Es una decisión.

Conclusión: lo que haces en dos segundos… puede marcar tu eternidad

La próxima vez que escuches el Evangelio en la Misa, no hagas ese gesto automáticamente.

Detente. Sé consciente. Reza de verdad.

Porque en ese instante estás diciendo:

 “Señor, que tu Palabra entre en mi mente, salga por mi boca y habite en mi corazón… para que toda mi vida te pertenezca.”

Y si eso se cumple, aunque sea un poco…
tu vida no volverá a ser la misma.